

# BUTTERFLY

- ÓPERA ESPACIAL EN 5 CUADROS -

SERGIO R. ALARTE

- ADELANTO -



ILUSTRACIONES: DAVID PUERTAS

© Butterfly.

Ópera espacial en 5 cuadros.

© Sergio R. Alarte por relato e idea.

© David Puertas por ilustración, portada  
y realidad aumentada.

Corrección y maquetación: Kharmedia.es

Primera edición: Noviembre 2012

© Kelonia Editorial 2012

Apartado de correos 56. 46133.

Meliana (Valencia)

kelonia.editorial@gmail.com

www.kelonia-editorial.com

- ADELANTO -

# BUTTERFLY

- ÓPERA ESPACIAL EN 5 CUADROS -

SERGIO R. ALARTE

DAVID FUERTAS



**- ADELANTO -**

# CUADRO 1

Más allá de los límites

**- ADELANTO -**

**L** a muerte de una mariposa podría cambiar el mundo. —Así rezaba la inscripción en el casco de aquella mariposa gigante de fulgor plateado. La nave surcaba el vasto espacio con lentitud silenciosa, abandonada a los caprichos de la no gravedad. En su interior, había arrugas de sudor bajo el flequillo del capitán James. Miró el panel de control y empujó una palanca con ambas manos, suplicando por que se encendiera de nuevo la luz verde. La luz que marcaría la salvación o la muerte de las seis personas abordo de su nave. Incluido su propio pellejo al que, a decir verdad, le había tomado un sincero aprecio, sin darse cuenta, a lo largo de tantos años de apostararlo a doble o nada.

La cosa empezó a torcerse apenas abandonaron la superficie de la Tera-Tierra. Como cabía esperar, la policía galáctica estaba esperándolos con los cañones listos para darles de lo lindo. Cuatro cazas ganaron su cola con sigilo, tum, tum, y allá iba la *Butterfly* rizando sobre sí misma como huracán del diablo para perderse en el campo de asteroides más próximo, como si no existiera un mañana. Girando y girando. Plash, plash... Los dos mellizos habían usado a las mil maravillas los cañones de la vieja corbeta, tuneada para volar más rápido que una centella... mientras el casco trabucaba con un acojonante crash, y cada uno rezaba lo que sabía. Solo había pasado una semana desde aquello, pero había sido un principio movido que podría conducirlos hasta un final agónico.

Volar rápido significaba llevar la carga justa, a menor carga se dispone de menos energía para los saltos intergalácticos pero también de mucha más velocidad, y James había escatimado todo lo posible al planear aquel viaje. Realmente, jamás esperó que las autoridades pusieran tanto entusiasmo

en capturar a un político corrupto, por más que hubiese desfalcado miles de millones en medicamentos... Al fin y al cabo, solo era un garbanzo negro en una olla podrida. Terminó de subir la palanca, aguardó expectante, con la respiración jadeante por el esfuerzo o la tensión del momento... la luz parpadeó, los impulsores actuaron y la nave entera tembló. James experimentó una sensación de alivio como pocas veces había sentido en veinte años como contrabandista a lo largo y ancho del universo conocido. Gritó y rio, dejándose llevar por la euforia mientras accionaba el intercomunicador:

—Les habla el capitán James. Los impulsores han sido reactivados con éxito, en media hora estaremos listos para saltar.

Después miró a Sasha, su segundo de abordo. La mujer de piel oscura que había permanecido callada mientras miraba cómo trabajaba su capitán, rio también y le devolvió la mirada. Se permitió guiñarle uno de sus ojos verdes fugazmente, bajo las rastas que componían su cabellera; luego sus dedos volaron sobre el holograma tridimensional del teclado y observó la pantalla del navegador.

—Acumulando energía para el salto... —anunció la joven, llena de júbilo.

James se relajó entonces sobre el asiento, intentando mitigar el dolor de su cuello con un masajeo. Había contratado a la chica al final del anterior viaje, después de haber perdido a Morris a manos de la autoridad galáctica. Morris, su socio y amigo, dueño de la mitad de la nave, había sido condenado a cadena perpetua. Probablemente lo tendrían prisionero en alguna mina del sistema. Allí extraería mercurio hasta el día de su muerte, que por otro lado no tardaría en llegar si



nadie lo remediaba, ya que las condiciones de extracción eran lamentables. Oxígeno escaso, mucha radiación y latigazos para amenizar unas veladas eternas, donde la vida valía menos que la comida. Si es que aquello podía llamarse comida, claro, porque ni las ratas querían las sobras. James, que había pasado cinco años en aquel infierno, sabía perfectamente de qué se trataba. Estaba dispuesto a rescatar a su socio... Cuando tuviera suficiente dinero para contratar a las personas adecuadas. Todo el cargamento se esfumó en aquella maldita misión con la que pensaban hacerse ricos; la avaricia rompió el saco, como suele pasar en los negocios sucios.

Ahora cargaba con cuatro pasajeros fugitivos por diversos motivos en sus planetas, cuyo único objetivo era cruzar las galaxias primitivas para instalarse en Satuine, el planeta habitado más lejos del centro del universo. Era un lugar ideal para gente como aquella. Incluso él mismo había divagado en los últimos tiempos con retirarse allí, algún día. Su nombre estaba sonando con fuerza durante los últimos años entre los cazadores de recompensas, sanguijuelas aferradas a las tetas de la autoridad galáctica y respaldadas por su justicia, tan amoldable como los pezones de una puta veterana. Cuando eso pasaba tan solo era cuestión de tiempo que lo atrapasen. Pero si este trabajo salía bien, James ya tendría en jaque a dos de los cuatro soldados que necesitaba para liberar a Morris de las minas de mercurio. Tajo y Zarza. Los mellizos tenían mucho que ofrecer a un tipo como él. Unos huevos como templos, vamos.

Volvió a fijar su vista en el navegador. Unos pocos minutos más y dejarían atrás la pequeña luna de Zairos, para obtener la panorámica de uno de los ocho sistemas que aún contenía

planetas habitados por nativos. En concreto el Sistema Sexto, según le chivaron las letras verdes.

—Cambio a visión panorámica, en abierto—ordenó.

A sus pasajeros les vendría bien algo con lo que distraer su mente de pensamientos agoreros. Casi tanto como a él mismo.

Sasha tecleó rápidamente e informó:

—Cambiano a visión panorámica. En abierto.

La pantalla mostró entonces la luna de Zairos, cuya línea de órbita alrededor del sol del sistema estaba trazando la *Butterfly* para bordearla. Su cara expuesta al Sol asomaba un ojo brillante a la oscuridad, coreado por el suave resplandor de los dos anillos de asteroides que la enmarcaban. El capitán nunca había estado tan lejos del centro del universo, así que contuvo la respiración mientras rodeaban lentamente la luna, y un verdadero planeta comenzaba a dibujarse ante sus ojos. Accionó de nuevo el intercomunicador.

- ADELANTO -



**- ADELANTO -**

# CUADRO 2

El precio del silencio